



ETIQUETA FUTURA

LA JAULA INFINITA

Keith Laumer

Una gran novela sobre un hombre que no sabía nada de sí mismo, y de su penoso aprendizaje hasta las cotas más altas de la humanidad.



Cuando despertó, desnudo y golpeado, en un calabozo de la comisaría de policía de Jasperton, Adam Nova no sabía absolutamente nada de sí mismo, de dónde había venido ni de lo que le rodeaba. No era más que un cascarón vacío: incapaz de hablar, de moverse incluso, sin el menor contacto con la realidad. Pero estaba en el mundo, y tenía que adaptarse a él. Experimentando. Así inició su duro y penoso aprendizaje, equivocándose muchas veces, tropezando constantemente, sufriendo graves reveses, pero avanzando con tesón en el difícil camino de la vida.

Afortunadamente, tenía las voces para ayudarle a llenar sus inmensas lagunas. Y, dentro de él, unos poderes que desconocía, pero que estaban allí, y que iría descubriendo lentamente. Hasta llegar finalmente, cuando todo parecía hundido a su alrededor, a la revelación de su fantástica naturaleza...

*Este libro está dedicado a Betty
por sus muchas faltas.*

Keith Laumer pertenece a esa clase de escritores norteamericanos de ciencia ficción que nunca han escrito un auténtico best-seller, que no pueden vanagloriarse de ninguna obra excepcional, pero cuya abundante y continuada producción mantiene, a lo largo de los años, un encomiable nivel de calidad que los convierte en un autor de segura venta entre los lectores aficionados al género. Su principal obra y la más conocida (también en España) es evidentemente su trilogía *Mundos de Imperio*, sobre el tema de los mundos paralelos, a la que le sigue su larga serie (más de una docena de volúmenes) sobre las aventuras de Jaime Retief, un curioso diplomático interestelar, personaje basado en las propias experiencias de Laumer de sus años de servicio en el cuerpo diplomático, y que recientemente ha sido llevada al comic y está en proyecto para el cine. Ha escrito también (y novelizado algunos de ellos) varios guiones para las series de televisión *Los invasores* y *Los vengadores*. A lo largo de su carrera ha sido nominado dos veces para el premio Hugo y cuatro para el Nébulas.

Laumer, como hasta hace poco Jack Vance (con quien tiene literariamente muchos puntos de contacto) es un autor no descubierto aún en España y que vale la pena conocer. Etiqueta Futura tiene intención de paliar en lo posible este desconocimiento, con la publicación aquí de una de sus novelas más conocida y constantemente reeditada en los Estados Unidos, *La jaula infinita*, y próximamente con otra de sus mejores obras, *El largo crepúsculo*, así como algunas, si no todas, las interesantes aventuras de Retief, ese personaje que, en el fondo, es un alter ego del propio autor.

DOMINGO SANTOS

1

El sargento B. M. «Gordo» Dubell, del Departamento de Policía de Jasperton, se sacó de la boca la colilla de cinco centímetros de un puro apagado, la aplastó concienzudamente en el descascarillado platillo que tenía sobre su escritorio solo para este fin, y gritó el nombre del agente Kinch. No hubo respuesta. Pateó la silla hacia atrás, rodeó pesadamente el escritorio, los hombros cuadrados, la barriga prominente, las esposas tintineando junto a la funda de la pistola. Un rollo de grasa, picado de acné, desbordaba del arrugado cuello de su camisa; manchas marrones salpicaban su calvo cráneo.

Se detuvo en la parte superior de las escaleras que descendían hasta la sección de los calabozos conocida como el Anexo y llamó de nuevo a Kinch. No hubo respuesta. Cruzó la recia puerta chapada de acero y empezó a bajar los peldaños. Abajo, el pasillo avanzaba en línea recta una distancia de cinco metros y moría en el corredor transversal. El sargento Dubell dobló la esquina de este y se detuvo en seco. A seis metros de distancia en el estrecho corredor, la pesada puerta de gruesas barras de hierro de la celda número 3 estaba abierta de par en par. Dubell extrajo su pistola de la funda y avanzó rápida y silenciosamente.

Kinch estaba tendido con la mejilla apoyada en el suelo de la celda, roncando suavemente. Sobre su ojo izquierdo, un hematoma que iba cambiando de rosa a púrpura recorría la línea de su pelo. A su lado había un taburete de madera, volcado. Dubell maldijo y tomó su linterna, la encendió y la paseó en torno a la celda.

El prisionero se hallaba tendido de lado junto a la pared. Estaba desnudo, con el cuerpo sucio, marcado con pe-

queños cortes, arañazos y hematomas. Su pelo era largo y enmarañado. Miró a la luz con unos ojos muy grandes y desenfocados.

—Qué demonios —gruñó Dubell. Probó el interruptor de la pared; la bombilla envuelta en la rejilla metálica en el techo estaba fundida. Se arrodilló al lado de Kinch y comprobó su pulso; era fuerte y regular. Debió tropezar con el taburete, supuso Dubell. Maldito estúpido. Ahora voy a tener que cargarlo hasta arriba. Incluso tal vez tenga que llamar al doc Fine. Gastar el dinero de la comunidad. Problemas. Tener que hacer el trabajo de dos.

Dubell gruñó, alzó al inconsciente hombre hasta sentarlo, se preparó para cargárselo al hombro. No se dio cuenta de que el prisionero se había movido hasta que lo vio en la puerta. Dubell gritó y saltó en pie, impedido por el peso en su espalda. El hombre desnudo cruzó la puerta y cayó. Dubell soltó a Kinch y corrió tras él, pero la puerta se cerró con un sonoro clic de acero.

Golpeó y chilló, pero no hubo respuesta.

El prisionero estaba tendido de espaldas, contemplando la luz al final del corredor. No era consciente de que había cerrado accidentalmente la puerta con el pie; no prestaba atención a los sonidos que le llegaban desde atrás. No recordaba nada anterior al ahora, pero no se preguntaba quién era, qué era, dónde estaba, dónde había estado antes de estar aquí; tampoco era consciente de la ausencia de tales recuerdos. Estaba absorto en la intensidad de las impresiones sensoriales que le asaltaban, todas las cuales debían de ser consideradas, clasificadas, archivadas...

Gradualmente tuvo consciencia de una distinción entre él y su alrededor. Determinó, mediante movimientos tentativos, que el yo comprendía un torso articulado, al que estaban unidos una *cabeza*, con limitada capacidad de movimiento; dos *piernas* articuladas, bastante más móviles; y

dos *brazos*, que estaban fuertemente limitados en sus movimientos por una conexión que los mantenía en yuxtaposición cercana en sus extremos. Estos extremos estaban elaborados en juegos de miembros más pequeños, *dedos*, que descubrió que podían moverse muy libremente. Los nombres para todas esas partes acudieron a su mente sin ningún esfuerzo, sin que se diera siquiera cuenta de ello.

Los brazos le molestaban. De alguna forma, tenía la sensación de que deberían poder moverse de una forma más libre. Tras una cuidadosa introspección, dedujo que la unión que los mantenía juntos no formaba parte de su yo.

Tiró de la traba, y repentinamente una imagen clara acudió a su mente: se imaginó a sí mismo frotando aquella unión de metal contra una superficie abrasiva; específicamente, el canto de cemento de la puerta que tenía a su lado. Se situó torpemente en posición y, tentativamente, frotó las esposas contra el duro ángulo, produciendo un raspante sonido metálico. Sus brazos, descubrió rápidamente, sufrían la abrasión mucho más rápidamente que el metal... El metal era duro, determinó, y saboreó el concepto. La materia corporal era blanda. Siguió más cuidadosamente, frotando la unión de metal hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, intentando con un éxito parcial mantener su piel libre del contacto. El dolor se incrementó por un tiempo, luego disminuyó gradualmente. Una nueva sensación —*fatiga*— apareció, ardiendo en sus brazos como un fuego lento; pero la ignoró. No se sintió aburrido ni impaciente. No tenía consciencia del paso del tiempo; pero el tiempo pasaba. Finalmente, la unión de metal se partió.

Se sintió encantado con la nueva libertad de movimientos, y flexionó brazos y manos tan sin objetivo como un bebé jugando con los dedos de sus pies. Sus ojos fueron atraídos por el reluciente reflejo carmesí en sus muñecas. Un fluido, intenso y rojo, resbalaba por la blancura de sus muñecas. Había dolor allí ahora, agudo, fuerte, exigiendo atención. Involuntariamente, dejó escapar un quejido bajo.

Era un fenómeno nuevo e interesante. Experimentó con su boca y su lengua, buscando la combinación que había producido un efecto tan nuevo e interesante. Consiguió efectuar ruidos chasqueantes y cliqueteantes, pero nada tan completo como el largo y satisfactorio quejido. Deseó acercarse a él. Sus brazos y piernas efectuaron durante unos momentos movimientos natatorios sin sentido antes de que interviniera un esquema instintivo. Se puso sobre manos y rodillas, oscilando primero, pero ganando rápidamente control, y se arrastró hacia la luz.

Halló las escaleras, se detuvo un instante, luego empezó a subir, torpemente al principio, luego con mayor seguridad. Le dolían las rodillas, y las muñecas, pero no se le ocurrió detenerse o intentar aliviar su dolor; en realidad no era consciente de él, no más de lo que era consciente de la atracción gravitatoria de la Tierra o de la presión de la atmósfera.

Arriba hizo una pausa, encantado por el cambio en la escena. Un atisbo de la vastedad del mundo exterior llegó hasta él. *No-yo* era mucho más grande que yo.

Se sintió fascinado por los nuevos colores y formas; el color tostado claro y oscuro de la pared, el moteado verde de las baldosas del suelo, la mancha roja de la alarma contra incendios. La luz procedía de un lugar muy alto arriba. Se detuvo debajo de él y se tendió hacia arriba, y al instante su barbilla golpeó contra el suelo. Notó el sabor de la sangre en su boca, y pasó medio minuto saboreando aquella área completamente nueva de sensaciones.

La luz colgaba muy por encima de él, haciéndole señas, atrayéndole. Se puso se rodillas, luego de pie. Sus dedos fracasaron de nuevo en alcanzar la resplandeciente bombilla. Deseó alzarse en el aire, pero no ocurrió nada.

Siguió adelante, cruzó otras habitaciones, llegó a una más grande. Un esquema de brillantes puntos de resplandeciente color en su extremo más alejado atrajo su atención. Se dirigió hacia allá.

Sus manos golpearon algo invisible: el panel de cristal de la puerta exterior. Empujó, en busca de los hipnóticos colores. El panel cedió, la puerta se abrió. Dio dos pasos, luego cayó de bruces por los peldaños de la entrada, golpeándose violentamente la cabeza contra el cuarteado pavimento de abajo.

Angelique Sobell se había tomado un cuidado especial con su *toilette* aquella tarde, concediéndole a su pelo cincuenta pasadas completas de cepillo antes de ponerse una blusa de satén negro, una falda de hule rojo con un cinturón de plástico blanco, calcetines blancos altos hasta los tobillos, zapatos blanco-amarillos de tacón alto, un poco gastados. De una caja de puros seleccionó un anillo de coral rosa, un brazaletes estilo navajo con grandes piedras verde mate, y un collar de perlas descascarilladas.

Su reflejo en el gran y empañado espejo de bordes biselados atornillado a la parte de atrás de la puerta adoptó poses provocativas, con una mano en la cadera para ocultar el ligero rollo de carne que asomaba allí, pecho fuera y arriba, pies en ángulo recto para remarcar la línea de los muslos.

—Crissto —murmuró—. La nena se está poniendo gorda.

Se concedió una última mirada en el espejo, recordando alzar la barbilla para alisar la línea de la papada, y abandonó el apartamento, cerrando con llave la puerta a sus espaldas. Los olores en la escalera eran los habituales: cocina rancia, orina y yerba; bajó lentamente, con una mano sobre el ligeramente pegajoso barniz del pasamanos.

Fuera caía una ligera llovizna. Pasó junto a los almacenes cerrados y a oscuras, una silenciosa gasolinera, un aparcamiento. Brillaba una luz sobre una puerta allá delante. Había unos oscuros matorrales al pie de un corto tramo de

escaleras. Cuando pasó junto a ellos, vio los pies de un hombre proyectarse de las sombras al extremo de la acera.

Angelique se detuvo, miró aquellos pies. Estaban desnudos, y su color era tan blanco como el de los huesos. Habla un desnudo y sucio tobillo, una pantorrilla llena de arañazos. El otro pie estaba doblado por la rodilla, que mostraba una herida reciente. El hombre estaba desnudo, tendido allá sobre el césped. Había sangre en su boca, en sus manos, en sus rodillas.

—Buen Dios —susurró Angelique. Alzó la vista hacia las letras grabadas en negro en una placa dorada sobre el iluminado portal: *Departamento de Policía de Jasperton*—. Los asquerosos cerdos. —Rodeó el obstáculo y siguió apresurada su camino.

A la manzana siguiente vio a un hombre alto y de redondeados hombros salir de una tienda de licores abierta toda la noche.

—Henny —llamó. Aguardó—. Esos sucios polis —jadeó, acercándose a él—. Esta vez han ido demasiado lejos. Han arrojado a un pobre diablo a la calle en pelota viva. Le han dado una paliza, quizás esté muerto.

—¿De veras? —El hombre tenía una voz profunda y ronca. Miró a lo largo de la calle. Era una mirada que decía que no deseaba meterse en problemas. Se metió la botella envuelta en una bolsa de papel bajo el brazo cuando la mujer lo sujetó.

—Es ahí mismo. —Angelique señaló con el pulgar por encima del hombro—. El tipo está tendido en el suelo delante mismo de la casa de los polis, bajo la lluvia.

—No es asunto mío...

Ella tiró de su brazo.

—¡No te hará ningún daño mirar, Henny!

Él avanzó, reluciente. Ella lo guio a lo largo de la manzana, cruzó la calle contra la luz, se acercó cautelosamente a la dependencia de la policía.

El hombre aún seguía allí, tendido en la misma posición.

—Jesús —dijo Henny.

Angelique se acercó más, miró el pálido e hirsuto rostro.

—Aún respira.

—Y lleva esposas.

Angelique estaba estudiando la iluminada puerta de la comisaría. El pasillo al otro lado estaba vacío, las ventanas de los lados a oscuras.

—Escucha, Henny. Saquémosle de aquí.

—¿Eh? ¿Estás loca? —Henny retrocedió unos pasos.

—Échatelo a la espalda; no pesa tanto como eso. Lo llevaremos a tu casa.

—Olvídalo. —Henny empezó a volverse; Angelique inspiró profundamente, como si se preparara para gritar. Henny sujetó su brazo—. ¿Qué demonios...?

—Cógelo, o gritaré: «¡Que me violan!», y, muchacho, creo que les encantará darte un buen masaje con sus porras.

Henny vaciló un momento. Luego maldijo, se inclinó, cogió el frío, mojado y flácido cuerpo de colgantes brazos y abierta boca.

—Ahhhggg —bufó Henny—. Apesta.

—Vamos.

Gruñendo, Henny inició un medio trote, con Angelique a sus talones, mirando de tanto en tanto hacia la iluminada puerta que dejaban atrás, que seguía sin mostrar ningún signo de vida.

Abrió los ojos; un rostro desconocido le miraba desde arriba: pálido, labios escandalosamente rojos, manchas negras en torno a los ojos.

—Hey..., ya vuelve en sí —dijo el rostro, con una voz de registro agudo.

Sentía dolor; un dolor que parecía recorrer su cuerpo en oleadas, exigiendo alguna respuesta. Su garganta se tensó;

su boca y su lengua se movieron como por voluntad propia.

—Mi rodilla duele —dijo bruscamente, impremeditadamente; luego se echó a llorar. Sintió las grandes y cálidas lágrimas rodar por sus mejillas. Era bueno llorar; parecía aliviar algún tipo de presión dentro de él. Gimió, gozando con el alivio.

—Hey, tranquilo —dijo la mujer. Se irguió; podía verla confusamente a través de sus lágrimas. No quería que se fuera; quería que permaneciera cerca y lo observara llorar. Tendió impulsivamente una mano hacia ella, y ella retrocedió.

—Hey, por el amor de Dios —dijo la mujer.

Los ojos del hombre se posaron en su propia muñeca, la que había tendido. Había un brillante brazalete rodeándola, manchado de rosa y rojo oscuro: sangre. La piel estaba desgarrada junto al metal; podía ver la carne debajo, y los pequeños jirones de colgante piel. La sangre se había secado en una costra oscura en sus brazos.

—Duele —dijo, y pensó en llorar un poco más. Empezó a alzarse, pero sus piernas parecían muy extrañas. Cayó, agarrándose a la cama mientras lo hacía, arrastrando las sábanas con él.

—Oh-oh —dijo—. Iba al baño.

La mujer maldijo. Un hombre al que no había visto antes exclamó:

—¡Jesús, Anj, por el amor de Dios! Este hombre está hecho polvo.

—¡Bueno, no te quedes aquí diciéndome que está hecho polvo! ¡Llévalo al baño! El pobre tipo está enfermo, no puede remediarlo.

—¡No soy ninguna enfermera de noche!

Gruñendo, el hombre llamado Henny sujetó su brazo, lo alzó. Sus piernas seguían pareciendo raras. Dejó que lo arrastraran, el cuerpo flácido.

—No te hagas el listo con nosotros, muchacho —dijo el hombre—. Si no, por Dios que te juro que vuelvo a arrojarte a la calle.

—Cállate, Henny. Vamos, amigo, camina. Mueve las piernas. —El tono de la mujer era mucho más amistoso que el del hombre. Decidió que le gustaba más. Lo condujeron por un corto pasillo, y el hombre le hizo cruzar una puerta al cuarto de baño. Tenía paredes marrones y todas las tuberías vistas, y el asiento del wáter estaba roto, y la pared llena de inscripciones.

—No las leas, haz lo que tengas que hacer —dijo el hombre, de pie junto a la puerta abierta.

—Ya lo hice —contestó—. No necesito hacer más.

En el pasillo, la mujer se echó a reír. El hombre maldijo. Juntos, le ayudaron a volver a la habitación, lo dejaron caer en la cama. La cama era agradable, decidió. Le gustaba la cama. Pero aún sentía dolor. Había olvidado hasta qué punto le dolía mientras estaban ocupados con el excitante viaje por el pasillo, pero ahora el dolor estaba exigiendo de nuevo su atención.

—Oh —exclamó—. Duele de veras. —Y se echó a llorar de nuevo, en silencio esta vez. No era tan divertido llorar en silencio, pero ahora lloraba con sinceridad, una expresión de gran dolor. El dolor crecía y crecía, era como un fuego prendido en hierba seca que se iba extendiendo, devorando la hierba, creciendo cada vez más. Gimió.

—Por favor, haced que pare —suplicó. Pateó, pero eso solo hizo que le doliera más. Permanecer tendido inmóvil en la cama, descubrió, hacía que el dolor disminuyera. Se quedó quieto, contemplando el techo. Había dibujos allí: un dibujo general de pequeñas líneas enroscadas, y manchas más grandes y oscuras de decoloración. Los estudió, buscando su significado. Había olvidado por completo al hombre y a la mujer.

—Mira al mamón —dijo el hombre, haciéndole recordar su existencia—. Echado ahí, tan feliz como un cerdo en una

pocilga.

—Escucha, amigo —dijo la mujer—. ¿Cómo te llamas?

—Lonzo —dijo inmediatamente. El nombre había brotado en su mente como si hubiera estado aguardando allí aquella pregunta específica. No significaba nada para él; era una respuesta automática efectuada por su boca, no conectada con el yo.

—¿Lonzo qué?

La miró. Iba recubierta con una tela negra fina y como mojada, que se pegaba a su cuerpo. Se sintió intrigado por las protuberantes formas delineadas bajo la tela, y tendió una mano hacia ella. Ella dio un salto hacia atrás. El hombre se echó a reír.

—Será mejor que guardes tus manos para ti mismo, Lonzo —dijo secamente—. ¿Cuál es tu apellido? ¿De dónde eres?

—Sprackle —respondió, oyendo sorprendido su propia voz pronunciar la extraña palabra.

—¿Ese es tu nombre? ¿O tu ciudad?

—No lo sé.

—Lonzo Sprackle: ¿es ese tu nombre?

—Fred. Freddy. —Saboreó el nuevo sonido.

—¿Lonzo Fred Sprackle?

—Horace. Seymour. Jim. —Había tantos sonidos disponibles; su boca parecía conocerlos todos.

—¡Maldita sea, ella te ha preguntado tu nombre, muchacho! —cortó Henny—. No te pases de listo, o te echaré de vuelta inmediatamente a la cloaca donde te encontramos. Ahora, ¿cómo te llamas?

—Charles «Chuck» Weinelt. —Notó que otros pensamientos-forma se agitaban detrás de las palabras, pero Henny no le dio tiempo de explorarlos.

—De acuerdo, Chuch; ¿de dónde vienes?

—De Lacoochee.

—¿Dónde está eso?

—En Florida.